

KATO

Raúl Rangel Frías



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





KATO

Raúl Rangel Frías

Español / Français

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MARZO DE 2013





Edición especial con motivo del centenario del natalicio de Raúl Rangel Frías, en el marco del 80 aniversario de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Édition spéciale à l'occasion du centenaire de la naissance de Raúl Rangel Frías, dans le cadre du 80^e anniversaire de la Universidad Autónoma de Nuevo León.



PRÓLOGO DE LA TRADUCTORA

LAS DELICIOSAS PÁGINAS DE ESTE RELATO BREVE O, MEJOR DICHO, POEMA EN PROSA, SON LA EVOCACIÓN de cuando algunas familias japonesas se instalaron en México para sembrar la vainilla en las regiones más cálidas que bordean el Golfo de México, en el actual Estado de Veracruz, allí donde aún se yerguen las imponentes pirámides totonacas del Tajín.

Sabemos que la vainilla es de origen mexicano. Los indígenas precolombinos, desde tiempos milenarios, poseían los secretos de su cultivo y perfumaban con ella esa bebida suntuosa que era para ellos el chocolate. La obtención de esta orquídea trepadora es muy difícil porque el diseño de su flor es tal que su fecundación no podría lograrse con sólo el alado auxilio de los insectos: necesita de la mano del hombre, o bien el tacto de los finos dedos de una mujer menuda. Requiere de muchos cuidados pacientes y de hábiles técnicas para secarse tras fermentar las duras vainas verdes y obtener las flexibles vainas oscuras que conocemos, y para que estas últimas accedan a exhalar su precioso aroma.

El relato toma su interés y su gracia de la dichosa y original coexistencia que el autor ha sabido establecer entre la silenciosa discreción de las costumbres orientales y el erotismo de las ardientes noches mexicanas, coincidencia guiada sin duda por la precisión luminosa e inexorable de los recuerdos de infancia. Estos gestos tan sutiles y la espiritualidad de la religión japonesa son ofrecidos gracias a palabras sencillas, de un realismo muy escogido donde cada detalle toma valor de símbolo. Pero en la sombra acechan los dioses indígenas, terribles y misteriosos, y es alrededor de la frágil corola de una flor perfumada que se conjugan las dos civilizaciones... y también en la creencia acerca de que existen relaciones reales y profundas entre los hombres, los animales, las plantas y las cosas: relaciones íntimas que escapan casi por completo a nuestra mentalidad occidental.

Mediante un arte depurado, el narrador ha adoptado un ritmo lento que no revela sino poco a poco, y sabiamente, las circunstancias, el pasado de los personajes, e igual el entorno. Este

enfoque medurado, ese tiempo fatal que transcurre al ritmo de las estaciones y de los cuidados del huerto lo autorizan algunos ligeros refranes, de poéticas repeticiones hábilmente manejadas. Sin embargo, se escapa a veces de ese *andante* a media voz para expandir su frase, desarrollar un espléndido *crescendo*, rico y denso como los retablos de las iglesias barrocas de su país. Pero... nos estamos olvidando del arrebatado apasionado y la armonía poderosa de la descripción de la concha polinesia que logra la admiración de María y le indica, con su perfección, el camino moral a seguir.

Con la presentación de lo que el mundo debe a México, en un género diferente, revelador de la variedad de las letras mexicanas, podemos colocar a las bellas páginas de Raúl Rangel Frías en paralelo con las *Yerbas del tarahumara*, el notable poema de Alfonso Reyes sobre la farmacopea indígena –cuyo lirismo contenido soñaba traducir Larbaud–, y no lejos de esas líneas estremecidas donde ese mismo escritor detalla la antigua cría de la cochinilla sobre los nopales en los que algunas hojas intrépidamente hurtadas permitieron el tinte rojo añadido a la bandera francesa por nuestra Revolución de 1789.

KATO

CUANDO MARÍA LLEGÓ AL HUERTO PARA CONSUMAR SU UNIÓN CON EL HOMBRE que la había tomado por esposa, estaba preparada para todo, sumisa y resuelta. Sólo sucedería lo que debía ocurrir. Guardaba eso sí una débil llama vacilante de su pudor en su corazón habituado a la timidez. El temor no desaparecía por completo de su interior; era menuda y además un débil vaso de carne que siempre aguardó que le señalasen su lugar, donde ella permanecía quieta, activamente abnegada.

No se molestó cuando los señores y protectores amos suyos, con los que ha vivido entre la servidumbre de la casa en que nació, hasta ahora que ya tiene edad para ello, la dieron por esposa a Kato, un desconocido, aunque luego se acreditó por la seriedad de su carácter y el vigor todavía juvenil, un jardinero excelente al que se tenía confiado el cultivo de un huerto en aldea lejana junto al mar.

Kato había venido ocasionalmente a la gran ciudad; japonés como los señores, a donde se presentó para tratar con un representante del país de origen sus documentos migratorios. La servidumbre de la casa era una familia, para ella, ya que la cuidó desde que su madre se las dejó al morir. Al nacer le había dado el bello nombre de María.

Después de arreglar su negocio hizo él por darse a conocer entre los sirvientes, que eran de su propio pueblo; y fue cuando logró verla por primera vez, entre fugitiva y escurridiza al fondo del jardín. Regresó varias veces; entre tanto, hizo compras en los comercios de sus nacionales, una pequeña caja de

laca, la figura en bronce de un Buda joven y un libro de poemas. Luego concertó matrimonio con María, mediante solicitud en toda forma a los señores.

En la parte posterior de la finca descuidadamente colocado entre arbustos y macizos de flores orientales, una especie de pabellón de invernadero, fue el lugar de la ceremonia. Ante un pequeño altar de los antepasados, previas las abluciones y purificaciones de ritual, ambos, apoyados en los talones de los pies descalzos invocaron a los espíritus benévolos. Habían depositado sus ofrendas y luego se entregaron a su meditación. Ella trajo a su memoria un relato de su infancia en que la deposada simplemente decía: “Yo soy tu mujer” y él respondía: “Es verdad”. Bebieron té y licor de arroz con los amigos y familiares, comieron cosas más de las que hacen en fiestas.

Luego partieron con gran sentimiento de los viejos, que despidieron a ambos con saludos y reverencias como encarnaciones del espíritu viviente. Ella llevaba al sitio de su futura residencia unos cuantos recuerdos y entre ellos un medallón que era de su madre. Después de travesía que hicieron por tren y en coche finalmente, llegaron a su destino, que era el huerto.

Kato la condujo hasta el fondo del jardín de la casita de madera que le servía de residencia. Una sala pequeña por habitación con un portal al frente y algo para cocina de un lado. Se retiró enseguida a cumplir sus deberes y dar cuenta al administrador de su regreso.

Ella no se movió toda la tarde del sitio donde la había dejado, esperó al oscurecer y también ya entrada la noche. Lo sintió llegar a las puertas, preparar algo y tomar un plato ligero de arroz; permaneció largo rato en silencio, lo que ella en el interior. Él quedó afuera, en el portal, sobre un petatillo y protegido a medias por una sombrilla hecha con tela contra mosquitos. La oscuridad se hinchó de calor y de insectos y en los plantíos reventaba el aroma; los frutos y los huevecillos del huerto. Ella se quedó despierta toda la noche, pero no apareció el esposo.

Pasaron muchos días como el primero, en igual trance de inútil espera, aunque la amistad crecía silenciosa entre ambos. Él se entregaba a sus faenas,

como si ella no existiese; y sin embargo nada le faltaba de lo necesario. El arroz que sabía cocinar, la sopa de verduras y algo de pescado. Hacer pan y preparar el té. Y pronto incorporó la vainilla a sus aromas favoritos.

La costumbre dulcificó aquella vida íntima, silenciosa y de lenta penetración de ambos. Poco hablaban; mientras él se entregaba a los cultivos de hortalizas, ella cuidaba de las cosas domésticas, la limpieza, la comida, la ropa.

Andando el tiempo, fue por los senderos a barrer las hojas, levantar una rama caída, detenerse en las flores que los insectos vienen a fecundar. De sus lascivos movimientos la estremecen sus danzas; en tanto que los gritos y los cantos de los pájaros hacen orquesta allá más lejos.

Un día domingo —precisamente el descanso semanal— Kato se quedó en el portal en actitud de meditación por largas horas, desde el mediodía hasta el atardecer.

Cuando menos lo esperaba, vino por ella al interior de la casa, la tomó en sus brazos y la llevó por un sendero oculto, conocido solo por él, hasta la playa del río; y luego que estuvieron en un lecho de hojas bien fresco y hondo de sombras la hizo suya, abajo de copudos árboles, con suavidad y ternura, que no sintió daño alguno.

Fue como un amor ya conocido de siempre, en un tiempo muy lejano y familiar; concedido desde antes en la suave penetración de días y días, con posesión de cierre y complemento o, tal vez, fecundación de flor por el enorme insecto que viene a sus labios y la toma sin oprimir ni desgarrarla. Donación del abejorro al tulipo color de sangre.

Pasaron juntos la noche sin hablarse y al día siguiente reanudaron sus quehaceres en la forma habitual. Ella nada cambió a los ojos de otros, no así para Kato. Las caderas y los senos le crecieron un poco; reía de vez en vez. Fue cuando se inició en el misterio de los seres vegetales, descubrió el grado de simpatía que la liga a los animales y otro de temor a los hombres.

Se entendía bien con Kato y eran felices sin decirlo. Compraron una yegua que los llevaba al pueblo los domingos. Comerciabán sus legumbres y soste-



nían animadas conversaciones con los indígenas. No tenían hijos pero un día les nació un potrillo de aquella jaca que fue alcanzada por el potro de la finca grande, a hurtadillas de mozos y caporales. Le llamaron Payaso, por su genio inquieto y fachendoso. Era muy noble y afecto con su ama.

Ella volvió a barrer las hojas de los senderos, cosa que la llenaba de placer. Y seguía de cerca además las evoluciones de los brillantes y sensuales insectos. Se dedicó a cuidar algunas especies del jardín botánico, que procuraba con esmero y exotismo, en medio de aquella naturaleza lujuriosa de suyo, florecida y aromática.

Sus manos pequeñas y hábiles aprendieron a hacer lo que los animalillos alados cumplen con suave diligencia, darle el toque delicado y preciso con las yemas de los dedos que hacen penetrar el polen en el vaso de la fecundación.

Esta misma ejecución de manos y yemas a una distancia de caricia y roce suavísimo, la practicaban los indígenas en los plantíos de vainilla. Bajo la copa de arbustos llamados “cojón de gato”. Van y vienen los dedos ágiles, certeros, de una en otra flor como trompa de los moscos, pasando el mensaje de los sexos a las flores prendidas de los bejucos.

Estas delicadas y viciosas plantas producen una vaina, corola y cetro de un parásito vegetal, sostenidas en un puñado de tierra, colgado y vacilante entre los sueños de la vegetación, la humedad y las sombras, de perfume repugnante por su densidad de noche y de sustancia germinativa: son familiares de las otras orquídeas que se mecen en los trópicos, flores del sexo, amarillas, nácar, violáceas.

La vainilla acarrea la embriaguez a las membranas de la nariz, no sólo por su aroma, sino por la sacudida y estremecimiento de los finos extremos pilosos de la cavidad humana y sensible. Induce al sueño morboso y cálido, en que los pantanos adormecen y seducen a las criaturas de piel húmeda.

Acudió a ver el minucioso laboreo que lleva a madurar y rendir los finos aromas de su aceite. Las vainas delgadas y largas puestas a la resolana para su oscurecimiento y secado. Envueltas y sudadas para hacerlas fermentar y luego

volverlas al sol, hasta que toman su color y la aromática fragancia que las distingue; recogerlas en mazos selectos y colocarlas en recipientes como vasos de ofrendas. La vainilla guarda su perfume y lo expande al simple contacto del aire, en caricia apremiante y tensa.

Kato la dejaba hacer sus veces en el jardín exótico, mientras él cultivaba hortalizas o iba al pueblo en la yegua, por comestibles, granos o cosas de la labranza; y llevaba también flores o verduras a los mercados de la plaza.

Los domingos por la tarde se reunían ambos a leer los poemas del libro que trajeron de la ciudad; y en ocasiones se complacían con revistas que llegaban de vez en vez. Todo ello después de ir por la mañana los dos juntos a realizar sus ventas en el mercado público.

Fue allí donde vio a los hombres y a las mujeres de aquella región. Algunos procedían de más lejos, aunque eran de los mismos, allá donde se hacían danzas de sus antepasados, a los dioses de la vegetación, a los espíritus del agua y a la luz del cielo. María se identificaba fácilmente con ellos y las pláticas eran como sus sueños.

Coincidían pláticas y sueños en su amor por Kato, por los pájaros y las flores y el río. Los seres vivos, los animales y los hombres, todos están hechos de lo mismo, arriba los cielos y acá la tierra. También, el maíz, el rayo y la lluvia que engendra Tláloc.

Unas criaturas se sirven de otras y lo hacen como su ley lo manda y luego ríen; las caritas sonrientes de los dioscecillos del bosque propician las cosechas y son amigos del hombre; sólo que también hay señores que tienen cólera y castigan con el fuego devorador. Son dioses el Sol y la Estrella de la noche y la tormenta y todo es lo mismo, el principio, el medio y el fin; lo que hace daño a la mujer, el licor que emborracha o la muerte; nada es siempre y lo que hacemos hoy vuelve mañana en otro ser o criatura.

¿No es ella otra vez su madre o su abuela? Querer los hijos a sus padres, la mujer al marido, honrar y reverencia de los antepasados; vivir en paz con los espíritus que son buenos y ayudan al hombre, sabiduría de lo que se somete a

la ley; el orden de la familia, honra y reverencia de los antepasados. Nada es mejor, sólo lo más sabio, a lo que podemos unirnos por el amor.

Fórmulas sencillas en que condensa su propia vida y creencias. Hubiera seguido con paz y bienestar de aquellos seres humanos, a no ser por la pequeña sombra de perplejidad que un día la hirió y ya no la abandonó en lo sucesivo, perturbando sus antiguas noches apacibles de sueños bajo la arcaica y lejana sombra de Tajín.

Sucedió que Kato le contó un día la historia de su vida. Había nacido en una pequeña aldea del Japón, llamada Susuka, cerca de la gran ciudad de Osaka. La miseria de su familia lo empujó a buscar empleo; y salido de su pueblo conoció a un rico comerciante que traficaba con mercancías de países lejanos. Se embarcó y viajó por diversas partes del mundo, hasta que hastiado de esta vida y habiendo arribado a costas mexicanas, tras de múltiples penalidades, vino a la orilla del mar donde desemboca el gran río de los mangos, los hules y las vainillas, a la ribera en que está fincado el huerto San Miguel de Tecolutla.

Veinte años después de haber dejado su aldea piensa que no ha de volver jamás; y ahora menos que tiene a María. Y además, lo que ha reunido para el viaje lo entregó a su país cuando la guerra, la suma entera de sus ahorros.

Sus padres murieron pero quedan sus parientes, la familia vieja de los ancianos que viven miserablemente de la tierra, la casa de sus antepasados está allá y siente dolor por el frío y la ausencia que ahuyentan a los espíritus ansiosos de volver al hogar.

Presiente hostilidad y rencor de los seres vivos y de los muertos, por esta lejanía de hijo y por la falta de reverencia en los lugares. Si regresar pudiese esto sería entrar en la gran casa de sus antepasados, la morada donde residen con todas las cosas amadas, los senderos del campo, las personas y los animales queridos; también los pensamientos de los sabios poetas y los de sus abuelos.

Kato guardó para sí otras palabras de más pena y dolor que le hubiesen causado a María. Decirle que el matrimonio fue la causa definitiva de no pen-

sar más el regreso. Los dos no habrían de tener la suma necesaria para hacer juntos el viaje; y él no podría nunca dejarla.

Entre tanto que se abrirá más adelante la evidencia del camino a seguir, María quedó unida más íntima y sosegadamente a su marido; y ambos llegaron a experimentar la viva alegría de transportarse a su aldea en forma espiritual, cuando el señor del huerto, su esposa y sus hijos, emprendieron viaje al país del Sol Naciente.

La familia mexicana llegó a Osaka y con grata sorpresa los recibió en sus habitaciones un gracioso y bien aromático ramo de flores mexicanas, unas dalias espléndidas de tenue color oro viejo con una tarjeta donde estaban escritos estos nombres: Kato y María.

Y habiendo llevado consigo las señas del domicilio familiar, se trasladaron con el mismo obsequio de sus lejanos sirvientes hasta Susuka y entre muchas caravanas y delicadezas que les prodigaron los aldeanos, dejaron en sus manos el mensaje de aquellos remotos seres habitantes de Tecolutla.

María alcanzó por fin y del modo más inesperado la verdad del camino, suyo, que se abría ante ella por necesidad del amor. Ni siquiera le produjo desgarramiento o dolor la evidencia del descubrimiento.

Sintió la misma posesión de Kato cuando la tomó en su cuerpo y la hizo de su misma sustancia; sin resistencia ni estrujamientos, tal vez sin placer, como una última ondulación de un movimiento interior que la había ido llenando sin sentir; una marea que invade y empapa la tierra para fecundarla en paz; fuera de toda violencia, en el secreto del amor.

Vio una luz que la abrió por dentro, una senda entre árboles como aquella oculta a todos los demás, por donde es llevada a la playa del río y se tiende suavemente entre su arena y las hojas del bosque. Y luego suben las aguas hasta inundarla, sumirla en la carne de todo lo que lleva la creciente, transfundirla en otro ser, desposeída y feliz en la entrega de sí misma.

Una curiosidad le ayudó a complementar el camino de esta evidencia. Y fue que llamada a la casa principal del huerto, mientras aguardaba las últimas



órdenes del servicio, se asomó a la vitrina donde el dueño de todo aquello mostraba las preciosas conchas de mar, las que se dedicaba a coleccionar por efecto de su fino espíritu científico y estético.

Quedó absorta ante la belleza intachable de un ejemplar que tenía esta leyenda, “Nautilus, gloria del mar”. Era una acabada muestra de necesidad, de perfección y de belleza. Admirable en la continuidad y la sumisión a la ley de su línea, a ritmo de su acción y pasión. Había nacido, seguro, desde el fondo de ella misma, a partir de una pequeña masa viva a la que hizo suya y la habitó el movimiento del oleaje concéntrico. Un mar que al pasar y repasar, mecer y acariciar transfundió su pulso, el ritmo mismo del sol y la tierra suave, física, sin tropiezos ni rupturas, viva imagen de la onda que había grabado en su fina estructura mineral, la oposición del ser y la creación, la unión indisoluble de

la inteligencia y lo inconsciente, por el camino central del ritmo del mundo.

Después de la experiencia de este conocimiento, se dedicó en secreto a trazar figuras con rasgos muy finos, como si copiase pensamientos o poemas de libros antiguos. Fue una despedida y un consuelo para Kato, que éste encontró posterior al hecho. Palabras de amor y gratitud por la bondad y la dicha que él le había proporcionado; su deseo y la seguridad de volver a encontrarse en la antigua aldea, con los espíritus de los antepasados. Le dejaba el medallón donde guardó siempre un mechón del cabello de su madre; finalmente reprodujo un poema:

*¡Admirable
aquel que no piensa “la vida huye”
al ver el relámpago!*

18

Un día en que Kato fue al pueblo en su yegua y Payaso quedó suelto para simular un paseo, ella tomó el sendero conocido que lleva al río. En la playa se detuvo; a pesar suyo tuvo miedo, menos que al dolor a su propio arrepentimiento, y antes que retroceder ante la imponderable masa de agua ocre, espesa, mugidora, decidió cerrar los ojos y crisar los puños, las manos en alto, hasta hacerse daño, apretada contra sí misma, endurecida de resolución, para afirmarse en su voluntad indomable de seguir adelante.

Entró en las aguas, pero aun antes de hundirse en ellas había desaparecido toda conciencia de horror y sufrimiento. Se desplomó inerte sobre el fondo cenagoso de la corriente y fue arrastrada con suavidad, sin desgarraduras ni golpes, hasta dejar su cuerpo varado metros abajo, detenida entre juncos y grandes troncos de las avenidas tropicales.

Tiempo después Kato regresó a su aldea, donde lo esperaban los viejos y los espíritus reconciliados de los vivos y muertos. Llevaba consigo una pequeña caja de laca y dentro de ella la carta, un mechón de cabellos y unos bastoncillos negros y olorosos de vainilla.

AVANT-PROPOS DU TRADUCTEUR

LES PAGES DÉLICIEUSES DE CETTE NOUVELLE OU, POUR MIEUX DIRE, DE CE POÈME EN PROSE, SONT l'évocation du temps où des familles japonaises s'installaient au Mexique pour y cultiver la vanille, dans les régions très chaudes qui bordent le Golfe du Mexique, dans l'actuel État de Veracruz, là où se dressent encore les imposantes pyramides totonaques du Tajín.

On sait que la vanille est d'origine mexicaine. Les Indiens précolombiens, depuis des millénaires, possédaient les secrets de sa culture et parfumaient avec elle cette boisson luxueuse qu'était pour eux le chocolat. L'obtention de cette orchidée grimpante est en effet difficile, car la conformation de sa fleur est telle que sa fécondation ne saurait être naturelle ni se contenter du secours ailé des insectes : elle requiert la main humaine, ou plutôt le tact des doigts délicats d'une femme menue. Il faut ensuite beaucoup de soins patients et d'habiles techniques pour faire sécher puis fermenter les dures gousses vertes et en faire les souples rubans sombres que nous connaissons, et pour que ces derniers consentent à exhaler tout leur précieux arôme.

Le récit puise son intérêt et son charme dans l'heureuse et originale coexistence que l'auteur a su établir entre la discrétion silencieuse des mœurs orientales et l'érotisme des brûlantes nuits mexicains, coïncidence guidée sans doute par la précision lumineuse et inexorable de souvenirs d'enfance. Ces gestes si fins et la spiritualité de la religion japonaise sont rendus grâce à des mots simples, d'un réalisme très sélectif où chaque détail prend valeur de symbole. Mais dans l'ombre guettent les dieux indiens, terribles et mystérieux, et c'est autour de la frêle corolle d'une fleur parfumée que se rejoignent les deux civilisations... et aussi dans la croyance que des rapports réels et profonds existent entre les hommes, les animaux, les plantes et même les choses : relations intimes qui échappent à peu près complètement à notre mentalité occidentale.

Avec un art raffiné, le conteur a adopté un rythme lent, ne dévoilant que peu à peu, et savamment, les circonstances, le passé des personnages, et même le cadre. Cette démarche mesurée, ce temps fatal qui s'écoule au rythme des saisons et des soins du verger lui autorisent quelques légers refrains, de poétiques répétitions habilement maniées. Pourtant, il s'évade parfois de cet

andante à mi-voix pour enfler sa phrase, développer un splendide *crescendo*, riche et dense comme les retables des églises baroques de son pays. Nous ne sommes pas près d'oublier l'envolée passionnée et l'harmonie puissante de la description du coquillage polynésien qui fait l'admiration de Maria et lui indique, par sa perfection, la voie morale à suivre.

Dans la présentation de ce que le monde doit au Mexique, en un genre différent, révélateur de la variété des lettres mexicaines, plaçons les belles pages de Raúl Rangel Frías en parallèle avec les *Herbes du Tarahumara*, le noble poème d'Alfonso Reyes sur la pharmacopée indienne – dont Larbaud rêva de traduire le lyrisme contenu –, et non loin de ces lignes émerveillées où ce même écrivain dépeint l'ancien élevage de la cochenille sur les nopals dont quelques feuilles hardiment dérobées permirent la teinte rouge que notre Révolution de 1789 ajouta au drapeau français.

Paulette Patout
avril 1989

KATO

QUAND MARIA ARRIVA À LA CLOSERIE OÙ DEVAIT ÊTRE CONSOMMÉE SON UNION AVEC l'homme qui l'avait prise pour épouse, elle était prête à tout, soumise et résolue. Il n'arriverait que ce qui devait arriver. Sans doute garderait-elle sa pudeur, mais celle-ci n'était plus qu'une simple flamme vacillante. Toute crainte n'avait pas disparu de son cœur habitué à la timidité ; c'était un être fragile, une faible enveloppe charnelle qui avait toujours attendu qu'on lui indiquât sa place, où elle se tenait tranquille, dans une abnégation active.

Elle avait tout à fait admis que ses maîtres, ses protecteurs – chez qui elle avait vécu, parmi les serviteurs de la maison où elle était née, jusqu'à l'âge du mariage – la donnaient pour épouse à Kato, un inconnu, mais qui s'était vite fait apprécier par le sérieux de son caractère et sa vigueur encore juvénile ; un jardinier excellent auquel on avait confié l'entretien d'un verger dans un village éloigné, au bord de la mer.

Un jour, Kato s'était rendu à la ville. Il était japonais comme le maître de Maria qui représentait là son pays d'origine, et devant lequel il se présenta au sujet de ses papiers d'immigration. Les serviteurs de cette maison étaient une vraie famille pour Maria. Ils l'avaient soignée depuis que sa mère la leur avait confiée en mourant. A sa naissance, c'est sa mère qui lui avait donné le beau nom de Maria.

Son affaire réglée, Kato devint bientôt l'ami de tous ces serviteurs qui étaient du même village que lui. C'est alors qu'il put l'apercevoir pour la première fois, fuyante, glissante parmi les fleurs du jardin. Il revint à plusieurs reprises, il fit quelques emplettes dans les boutiques tenues par ses compatriotes : une petite boîte de laque, une statuette de bronze représentant le Boudha jeune, et un livre de poèmes. Ensuite, il conclut son mariage avec Maria, respectueux

des formes et sollicitant le consentement de ses maîtres.

Au fond de leur propriété, au milieu des arbustes et des massifs de fleurs apportées d'Orient, s'élevait une sorte de pavillon qui servait de serre. C'est là que se déroula la cérémonie. Devant un petit autel des ancêtres, après les ablutions et purifications rituelles, tous deux, bien calés sur les talons de leurs pieds nus, invoquèrent les esprits bienveillants. Ils déposèrent leurs offrandes, puis se livrèrent à la méditation. Un récit d'enfance revint à la mémoire de Maria, où l'épousée disait simplement : « Je suis ta femme », et lui répondait seulement : « C'est vrai ». Ils burent du thé, de l'alcool de riz avec leurs amis et avec leurs camarades, ils mangèrent ces choses que l'on prépare là-bas pour les fêtes.

Puis vint le départ, au désespoir des plus âgés qui firent leurs adieux aux nouveaux mariés en multipliant saluts et révérences, comme si tous deux incarnaient l'esprit même de la vie. Elle emportait dans sa future existence quelques souvenirs, entre autres un médaillon qui lui venait de sa mère. Après le voyage qu'ils firent en chemin de fer, puis en voiture, ils parvinrent à destination, à cet enclos.

Kato la conduisit au bout du jardin, jusqu'à la maisonnette de bois qui était sa demeure : une petite pièce, avec un auvent à l'entrée, et une sorte de cuisine sur le côté. Il se rendit aussitôt à son travail et avertit le fermier de son retour.

De tout l'après-midi, elle ne bougea pas de l'endroit où il l'avait laissée, attendant la tombée du jour, l'arrivée de la nuit. Elle l'entendit ouvrir des portes, préparer quelque chose, manger un peu de riz. Tout cela sans rien dire, dans le même silence qu'elle observait à l'intérieur de la maison. Il resta dehors, sous l'auvent, s'étendit sur une petite natte, à demi protégé par une ombrelle faite en toile à moustiquaire. La nuit se gonfla de chaleur et d'insectes, les cultures exhalaient leurs senteurs, les fruits, les nids du verger. Elle resta éveillée toute la nuit, mais son époux ne vint pas.

Bien des jours passèrent, pareils au premier, dans la même anxiété d'une inutile attente. Et cependant, une silencieuse amitié grandissait entre eux. Il vaquait à ses travaux, comme si elle n'existait pas ; pourtant rien ne manquait,

le riz bien préparé, la soupe de légumes, un peu de poisson. Le pain fait ici, le thé. Bientôt la vanille vint s'ajouter aux arômes qu'ils préféraient.

L'habitude adoucit encore cette vie intime, silencieuse, qui les pénétrait lentement tous les deux. Ils parlaient peu. Tandis qu'il prenait soin de ses plantes, elle s'occupait de la maison, du ménage, du linge, préparait les repas.

La saison venue, elle alla sur les sentiers ratisser les feuilles, relever une branche tombée, contempler les fleurs que les insectes viennent féconder. Sous les lascifs mouvements de leurs danses, elles frémissent : au loin, cris et chants d'oiseaux les accompagnent de leur musique.

Un dimanche, jour de repos, Kato resta longtemps sous l'auvent dans l'attitude de la méditation, de midi à la tombée du jour.

Au moment où elle s'y attendait le moins, il vint à elle dans la maison, la prit dans ses bras et la porta le long d'un sentier caché, connu de lui seul, jusqu'à la plage qui bordait le fleuve. Et quand ils se trouvèrent sur un lit de feuilles bien frais, dans l'ombre profonde, il la fit sienne, sous les arbres touffus, avec douceur et tendresse, sans la blesser.

Ce fut comme un amour qu'ils connaissaient de toujours, dès un temps très lointain et très familier. Un amour partagé depuis longtemps dans la douce pénétration des jours et des jours, une possession faite de plénitude, de complémentarité ou, peut-être, la fécondation d'une fleur par l'énorme insecte qui se penche sur ses lèvres et la prend sans la froisser ni la déchirer. Le don d'un bourdon à la tulipe rouge sang.

Ils passèrent la nuit ensemble sans échanger une parole ; le lendemain, ils reprirent leurs occupations comme de coutume. Aux yeux des autres, elle ne changea pas, mais Kato la vit se transformer. Ses hanches et ses seins se développèrent un peu ; elle riait de temps en temps. Elle s'initia alors aux mystères des plantes, elle découvrit toute la sympathie qui la liait aux animaux, et toute la peur que lui inspiraient les hommes.

Elle s'entendait bien avec Kato, ils étaient heureux sans se le dire. Ils achetèrent une jument qui les portait au village le dimanche. Ils vendaient

leurs légumes et échangeaient des conversations animées avec les habitants. Ils n'avaient pas d'enfant, mais un jour la jument leur donna un poulain : elle avait été rejointe par le cheval de la grande ferme sans que les palefreniers ni contremaîtres s'en aperçoivent. Ils l'appelèrent Payaso – « le clown » – parce qu'il était turbulent et joueur. Il avait une belle allure et il était très attaché à sa maîtresse.

Elle revint ratisser les feuilles des sentiers, occupation qu'elle affectionnait. Ce faisant, elle suivait de près les évolutions des insectes brillants et sensuels. Elle se mit à soigner certaines espèces du jardin botanique, sur lesquelles elle veillait avec des précautions tout asiatiques, au sein de cette belle nature déjà luxuriante par elle-même, fleurie et parfumée.

Ses petites mains habiles apprirent à faire ce que les minuscules insectes ailés accomplissent avec leur douce diligence, elle sut les toucher avec la même délicatesse et avec la même précision, du bout des doigts, afin de faire pénétrer le pollen dans le vase de la fécondation.

24

Ce mouvement des mains et du bout des doigts, semblable à une caresse et à un frôlement des plus doux, nos Indiens l'accomplissaient quand ils cultivaient la vanille. Sous les frondaisons de ces arbustes qu'on appelle « noix de chat ». Les doigts agiles s'affairent, d'un geste sûr, d'une fleur à l'autre, telles des trompes d'insectes, faisant passer le message des sexes aux fleurs accrochées aux lianes.

Ces plantes, à la fois fines et vigoureuses, donnent une gousse, elles sont la couronne et le sceptre d'un parasite végétal ; elles se nourrissent d'une poignée de terre, suspendue et vacillante entre les rêves de la végétation, de l'humidité et de l'ombre ; leur parfum est répugnant tant il est fort dans la nuit, et elles se reproduisent par graines. Elles sont de la même famille que les autres orchidées qui se balancent sous les tropiques, comme les fleurs d'un sexe, jaunes, nacrées, violacées.

La vanille transmet son ivresse aux muqueuses nasales, non seulement par son parfum mais aussi par la secousse, le frémissement qu'en reçoivent les



fines pilosités de cette cavité humaine extrêmement sensible. Elle induit à un sommeil morbide et fiévreux comme celui que connaissent, dans les régions marécageuses, les enfants moites de sueur.

Elle vint voir les soins minutieux qui font mûrir et s'exhaler les fins arômes de cette essence. Les gousses longues et fines sont exposées au soleil pour qu'elles noircissent et sèchent. On les enveloppe pour les faire fermenter, puis on les remet au soleil jusqu'à ce qu'elles prennent leur couleur et le parfum qui les caractérise. Après les avoir sélectionnées, il faut les rassembler en bouquets, les disposer dans des récipients qui seront comme des vases d'offrandes. La vanille conserve son parfum et le répand au simple contact de l'air, dans une caresse forte et dense.

Kato la laissait faire à sa guise dans le jardin exotique, tandis qu'il cultivait ses légumes ou allait au village avec la jument pour acheter leur nourriture, des semences et ce qu'il fallait pour les champs, et il apportait aussi des fleurs et des légumes aux revendeurs des halles.

26

Le dimanche après-midi, ils lisaient ensemble les poèmes du livre qu'ils avaient apporté de la ville ; parfois ils parcouraient avec plaisir les revues qui pouvaient leur arriver. Tout cela après s'être rendus tous les deux au marché pour vendre leurs produits.

C'est là qu'elle vit les hommes et les femmes de la région. Certains, quoique de la même race, venaient de plus loin, de villages où ils pratiquaient encore les danses de leurs ancêtres, qu'ils dédiaient aux dieux de la végétation, aux esprits de l'eau et à la lumière du ciel. Maria les comprenait facilement et ces conversations étaient aussi douces que des rêves.

Bavardages et rêves coïncidaient dans son amour pour Kato, avec les oiseaux, les fleurs et le fleuve. Tous les êtres vivants, les animaux, les hommes, tous sont faits pareillement, avec le ciel au-dessus de leur tête, et le sol sous leurs pieds. Et de même le maïs, l'éclair, la pluie qu'engendre Tlaloc.

Certaines créatures en utilisent d'autres, suivant en cela les commandements et les lois, puis éclatent de rire. Les petits visages souriants des petits dieux de

la forêt surveillent les récoltes et sont les amis de l'homme. Mais il en est aussi de plus grands, de plus coléreux, et qui nous punissent d'un feu dévastateur. Sont dieux aussi, le Soleil et l'Etoile de la nuit, et l'orage. Tout est semblable à tout, le commencement, le milieu et la fin ; l'amour qui blesse la femme, l'alcool qui grise, ou la mort ; rien ne dure, ce que nous faisons aujourd'hui appartient demain à un être différent ou à une autre créature.

N'était-elle pas la réincarnation de sa mère ou de sa grand'mère ? Les enfants doivent aimer leurs parents, la femme son mari. Nous devons honorer nos ancêtres, vivre en paix avec les esprits bienveillants qui aident l'homme ; connaître la loi ; honorer et révéler les ancêtres. Rien n'est meilleur que cela, c'est l'attitude la plus sage, à laquelle nous pouvons parvenir, guidés par l'amour.

Formules simples où étaient condensées sa vie et ses croyances. Cette paix et ce bien-être auraient duré longtemps si l'ombre légère d'un doute ne lui était apparue, qui frappa son esprit un jour et ne la quitta plus, troublant ses nuits autrefois si paisibles et pleines de rêves, au pied de la masse antique et mystérieuse du Tajin.

Un jour Kato lui avait conté l'histoire de sa vie. Il était né dans un petit village du Japon, Susuka, près de la grande ville d'Osaka. La misère de sa famille l'avait poussé à chercher du travail. Il quitta son village, rencontra un riche marchand qui commerçait avec les pays lointains. Il s'embarqua et voyagea à travers différentes parties du monde jusqu'à ce que, fatigué de cette existence, il parvienne aux côtes mexicaines. Après de multiples aventures, il arriva sur cette côte où se jette le grand fleuve du pays des mangues, des hévéas et de la vanille, sur la rive où sont installées les cultures de Saint Michel de Tecolutla.

Vingt ans après avoir laissé son village, il pense qu'il n'y reviendra plus ; et maintenant moins encore, depuis qu'il a Maria. D'ailleurs, l'argent qu'il avait épargné pour le voyage, il l'a donné à son pays, au début de la guerre ; toutes ses économies.

Son père et sa mère sont morts mais il lui reste des parents, très vieux, qui vivent misérablement sur leurs terres. La maison des ancêtres existe toujours là-bas et elle souffre du froid et de son absence ; les esprits ont fui, qui sont impatients de retourner au foyer.

Il pressent l'hostilité et la rancœur des vivants et des morts, parce que leur fils est loin et qu'il n'honore pas ces lieux. S'il pouvait revenir, il entrerait dans la grande maison de ses ancêtres, la demeure où ils sont encore avec toutes les choses aimées, les sentiers de la campagne, les personnes et les animaux chéris ; là aussi sont les pensées des poètes et des sages, et celles de leurs aïeux.

Kato garda pour lui d'autres mots qui auraient causé encore plus de peine et de douleur à Maria. Il ne lui dit pas que leur mariage avait été la cause définitive pour laquelle il ne fallait plus penser au retour. A deux, ils n'auraient jamais la somme nécessaire pour faire ensemble le voyage ; et lui ne pourrait jamais se séparer d'elle.

28

Tant que l'évidence du chemin à suivre n'apparut pas à Maria, elle resta unie à son mari encore plus intimement, encore plus doucement. Ensemble, ils connurent la même vive joie de se rendre à son village, en pensée tout au moins, quand le maître de la propriété, avec son épouse et ses enfants, partit en voyage au pays du Soleil Levant.

Quand cette famille arriva à Osaka, elle eut l'agréable surprise de trouver dans ses appartements une belle gerbe de fleurs mexicaines, des dahlias splendides de la teinte délicate du vieil or, avec une carte qui portait les noms de Kato et de Maria.

Ayant emporté l'adresse de la famille de Kato, ils allèrent, avec ce même cadeau de leurs lointains serviteurs, jusqu'à Susuka. En échange de toutes les politesses et des marques d'amitié que leur prodiguèrent les villageois, ils leur laissèrent le message de ces lointains habitants de Tecolutla.

Maria découvrit enfin, et de la façon la plus inattendue, le vrai chemin à suivre, qui s'ouvrait à elle à l'appel pressant de son amour. Elle ne ressentit aucun déchirement ni même de peine profonde devant l'évidence de sa découverte.

C'était pareil à la possession de Kato, quand il l'avait prise dans ses bras et l'avait unie à sa propre substance ; sans résistance, sans blessure, peut-être sans plaisir, comme l'ultime ondulation d'un mouvement intérieur qui l'avait comblée sans souffrance ; une marée qui envahit et imprègne la terre pour la féconder en paix ; sans aucune violence, dans le secret de l'amour.

Elle vit une lumière qui traversa son corps, un sentier qui s'ouvrait parmi les arbres, comme ce sentier ignoré des autres par où il l'avait portée au bord du fleuve, pour l'étendre doucement sur le sable et sur les feuilles des arbres. Et puis les eaux montent, jusqu'à la recouvrir, la plonger dans la matière vivante de tout ce qu'entraîne le flux, jusqu'à faire d'elle un être différent, dépossédée et heureuse de s'être donnée.

Un hasard curieux lui fit apparaître plus clairement la voie de cette évidence. Un jour, on l'appela à la maison de ses maîtres, et pendant qu'elle attendait les détails des ordres qu'on lui donnait, elle se pencha sur la vitrine où le propriétaire des lieux exposait de précieux coquillages que cet esprit raffiné, savant et esthète, collectionnait.

Elle s'absorba dans la contemplation de l'impeccable beauté de l'un d'entre eux, qu'une étiquette nommait « Nautilus, la gloire de la mer ». C'était un témoignage inéluctable de l'absolu, de la perfection et de la beauté. Admirable par le suivi, par sa soumission à la loi de sa ligne, au rythme de son action et de sa passion. Il était né, certainement, dans son tréfonds, d'une petite masse vivante qu'il avait faite sienne et que le va-et-vient des flots concentriques avait habitée. La mer, en passant et en repassant, en le berçant et en le caressant, lui avait transmis ses pulsions. C'était comme le mouvement du soleil autour de la terre, au contact si doux, dans une course sans erreur ni fin, l'image de l'onde qui avait gravé sur sa fine structure minérale l'opposition de l'être et de la création, l'union indissoluble de l'intelligence et de l'inconscient, sur l'axe central du rythme du monde.

Après cette expérience et cette révélation, elle se mit à dessiner sur le papier de nombreux signes, avec des traits si fins, comme si elle copiait des pensées

ou des poèmes sur des livres anciens. Ce fut un adieu et une consolation que Kato découvrit par la suite. Des mots d'amour où elle le remerciait de sa bonté et du bonheur qu'il lui avait donné ; elle lui disait son désir et sa certitude qu'ils se retrouveraient dans le vieux village, avec les esprits des ancêtres. Elle lui laissait le médaillon où elle avait toujours gardé une mèche de cheveux de sa mère ; pour finir, elle avait recopié un poème :

Admirable

celui qui ne pense pas que « la vie s'enfuit »
quand il voit un éclair !

30

Un jour où Kato était allé au village sur sa jument et qu'on avait détaché Payaso pour le laisser vagabonder à sa guise, elle prit encore une fois le sentier qui conduit au fleuve. Elle s'arrêta sur la plage ; malgré elle, elle eut peur, moins d'avoir mal que d'être tentée de se raviser ; et pour ne pas reculer devant l'impondérable masse de l'eau jaune, épaisse, mugissante, elle décida de fermer les yeux et de serrer ses poings, en levant les bras, jusqu'à en souffrir, durcie en elle-même, raidie de courage, pour affirmer sa volonté indomptable de continuer à avancer.

Elle entra dans le flot, mais avant même d'y disparaître, elle avait perdu toute conscience d'horreur et de souffrance. Elle se laissa tomber inerte sur le fond boueux du fleuve qui l'entraîna avec douceur, sans la meurtrir ni la heurter, et son corps s'arrêta quelques mètres plus bas, retenu par les joncs et par les grands troncs des crues tropicales.

Un jour vint où Kato retrouva son village, où l'attendaient les vieux et les esprits réconciliés des vivants et des morts. Il emportait avec lui une petite boîte en laque, et dans cette boîte la lettre, une mèche de cheveux et quelques bâtonnets de vanille, noirs et parfumés.



RAÚL RANGEL FRÍAS. Nació en Monterrey, Nuevo León, en marzo de 1913 y falleció en abril de 1993. Prominente abogado, político, intelectual y escritor mexicano. Fue rector de la Universidad de Nuevo León y, posteriormente, gobernador del Estado de Nuevo León. Durante su gestión se dio un importante impulso a la cultura en todos los órdenes. Como ensayista, narrador y orador es autor de –entre otras– las siguientes obras: *Apuntes históricos del Colegio Civil* (en colaboración con Helio Flores Gómez, 1931), *Situación económica de las universidades e institutos de enseñanza superior de la república mexicana* (1953), *Hidalgo y la patria mexicana* (1953), *Testimonios* (1961), *Evocación de Alfonso Reyes* (1963), *Gerónimo Treviño. Héroes y epígonos* (1967), *Cosas nuestras* (1971), *El Reyno. Un libro de relatos* (1972), *José Alvarado en el recuerdo* (1975), *Alma Mater* (1984), *Federico Cantú y su obra* (1986), *El Anáhuac a través de Alfonso Reyes* (1986), *Teorema de Nuevo León* (1988), *Kato y otros relatos* (1988), *Antología histórica* (1989) y *Memorias* (1990).

RAÚL RANGEL FRÍAS. Né à Monterrey, Nuevo León, en mars 1913 et mort en avril 1993. Éminent avocat, homme politique, écrivain et intellectuel mexicain. Il a été recteur de l'Université de Nuevo León et, plus tard, gouverneur de l'État de Nuevo León. Durant sa gestion, une impulsion importante a été donnée à la culture dans tous les ordres. En tant qu'essayiste, narrateur et conférencier est auteur, parmi beaucoup d'autres, des œuvres suivantes : *Notes historiques du Collège Civil* (en collaboration avec Helio Flores Gómez, 1931), *La situation économique des universités et instituts d'enseignement supérieur de la République mexicaine* (1953), *Hidalgo et la patrie mexicaine* (1953), *Témoignages* (1961), *Évocation d'Alfonso Reyes* (1963), *Gerónimo Treviño. Héros et partisans* (1967), *Nos choses* (1971), *Le Règne. Un livre d'histoires* (1972), *José Alvarado dans la mémoire* (1975), *Alma Mater* (1984), *Federico Cantú et son travail* (1986), *L'Anáhuac par Alfonso Reyes* (1986), *Le théorème de Nuevo León* (1988), *Kato et autres histoires* (1988), *Anthologie historique* (1989) et *Mémoires* (1990).

PAULETTE PATOUT. Profesora del Departamento de Estudios Hispánicos en la Universidad de Toulouse, Francia. Autora de *Alfonso Reyes y Francia*, tesis doctoral publicada en París (1978) y en México (1990), con la que obtuvo el Premio Biguet de la Academia Francesa. Leyó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León, para celebrar el centenario del natalicio de Alfonso Reyes, un texto denominado “Gabriela Mistral y Teresa de la Parra en el París de Alfonso Reyes”; este ensayo se incluyó en la edición de la revista *Deslinde* destinada a homenajear al máximo escritor regiomontano (Nº 24, abril-junio, 1989). En 1972 publicó la edición crítica del epistolario titulado *Valéry Larbaud-Alfonso Reyes. Correspondencia 1923-1952* (prólogo de Marcel Bataillon). Y es en los últimos años cuando ha dado a conocer reseñas y artículos relacionados con Reyes y otras de sus amistades literarias: Jules Romains, Marcelle Auclair, Jules Supervielle, Saint-John Perse, etcétera.

PAULETTE PATOUT. Professeur du Département des Études Hispaniques de l'Université de Toulouse, France. Auteur d'*Alfonso Reyes et la France*, thèse doctorale publiée à Paris (1978) et au Mexique (1990), avec laquelle elle a obtenu le Prix Biguet de l'Académie Française. À la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université Autonome de Nuevo León, elle a lu pour célébrer le centenaire de la naissance d'Alfonso Reyes, un texte intitulé “Gabriela Mistral et Teresa de la Parra dans le Paris d'Alfonso Reyes”; cet essai a été inscrit dans l'édition de la revue *Deslinde* destinée à rendre hommage au plus grand écrivain de l'État de Nuevo León (Nº 24, avril-juin, 1989). En 1972 a été publiée l'édition critique du recueil de lettres intitulé *Valéry Larbaud-Alfonso Reyes. Correspondance 1923-1952* (prologue de Marcel Bataillon). Et c'est durant ces dernières années qu'elle a donné à connaître des comptes rendus et des articles sur Reyes et d'autres amitiés littéraires comme: Jules Romains, Marcelle Auclair, Jules Supervielle, Saint-John Perse, etc.



RECTOR / Jesús Ancer Rodríguez
SECRETARIO GENERAL / Rogelio Garza Rivera
SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA / Rogelio Villarreal Elizondo
DIRECTOR DE PUBLICACIONES / Celso José Garza Acuña

CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO
Padre Mier 909 poniente, Colonia Centro
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Reservados todos los derechos conforme a la ley.
Prohibida la reproducción total y parcial de este texto
sin previa autorización por escrito del editor

Viñetas / Armando López
Dibujo del autor / Alfonso Reyes Aurrecoechea
Transcripción del texto al francés / Alianza Francesa de Monterrey

Impreso en Monterrey, México, marzo, 2013
Printed in Monterrey, Mexico



